



---

**RECENSIONES**

---

Mario MARTÍN GIJÓN, *La Resistencia franco-española (1936-1950). Una historia compartida*, Badajoz Departamento de Publicaciones de la Diputación, 2014, 549 páginas, **por Eduardo González Calleja** (Universidad Carlos III de Madrid)

---

Las épocas de crisis global son, quizás, las circunstancias más adecuadas para abordar estudios de historia comparada y constatar los factores recurrentes de su origen, desarrollo y resolución. Mario Martín Gijón revela las profundas conexiones de las crisis políticas que afectaron a Francia y España en los quince años que van de la guerra civil al declive del movimiento político-militar-cultural que llamamos Resistencia, y la estabilización política de ambos países en el contexto de la Guerra Fría. En el caso hispano-francés existe una indudable proximidad de circunstancias: gobiernos de Frente Popular amenazados por la subversión de la extrema derecha fascizante, un derrumbamiento de la democracia a raíz de una crisis bélica (una guerra civil con intervención extranjera en la española, una invasión extranjera con secuela de guerra civil en la francesa), dos regímenes dictatoriales en sintonía con el Nuevo Orden europeo nazi, y movimientos de resistencia armada que les disputaron la legitimidad. Sin embargo, a partir de 1945-1946 los senderos se bifurcaron: mientras Francia disfrutaba de la Liberación (y una parte de su población sufría la depuración) el franquismo logró sobrevivir por motivos domésticos e internacionales de sobra conocidos, entre los que no fue el menor la crónica división de las fuerzas republicanas.

Aunque no estoy de acuerdo con enmarcar el fenómeno resistencialista franco-español de estos años bajo el paraguas conceptual de una presunta “guerra civil europea” (una noción de las postrimerías de la Guerra Fría, que aspira a englobar realidades conflictivas demasiado diferentes), no cabe duda de que las crisis políticas española y francesa, que alcanzaron su paroxismo en la segunda mitad de los treinta y primera de los cuarenta, tuvieron una fuerte impronta bélica. En España, este ciclo se inició con el conflicto colonial en el norte de Marruecos (1909-1927), continuó con una atroz guerra civil y culminó en una posguerra ficticia, jalonada de expediciones militares en el contexto de la Segunda Guerra Mundial (el envío de la “División Azul” al frente oriental entre octubre de 1941 y noviembre de 1943) y de un prolongado conflicto insurgente como fue el “maquis”: secuela de la guerra civil, pero cuya fase culminante acaece entre octubre de 1944 y octubre de 1948. El ciclo bélico se cerró en realidad una década más tarde, con el epílogo sangriento de la descolonización de Marruecos que supuso “la última guerra de África” en Ifni y Sahara. Para Francia, dejando a un lado las guerras coloniales y de descolonización que anteceden y suceden el tracto histórico que cubre el presente libro, la experiencia bélica primordial viene dada por ambas guerras mundiales. La segunda tuvo un componente de guerra civil de resistencia antifascista que, sin duda, la emparenta con la crisis española, por más que los autores especializados en las “contiendas franco francesas” o las “fiebres hexagonales” minusvaloren el trasiego

de experiencias de lucha armada que se fueron sucediendo a un lado y otro del Pirineo. La emigración de actitudes políticas y modelos culturales y de acción colectiva es, precisamente, el tema central de esta obra.

A diferencia de la historiografía sobre la Resistencia francesa, amplia y bien asentada desde los años cincuenta, su contrapartida española ha vivido muchas más vicisitudes, ya que sufrió la demonización franquista como subversión de naturaleza delincencial (el inefable “bandolerismo” analizado entre otros por Eugenio Limia, Tomás Cossias o Francisco Aguado), se incorporó al estudio general de la oposición antifranquista en los años de la transición (Andrés Sorel, José Antonio Vidal Sales, Hartmut Heine, Daniel Arasa, etc.) y tras una gran proliferación de estudios de caso regionales en los años ochenta y noventa fue objeto de síntesis canónicas a fines del siglo XX, con las obras de referencia como las de Secundino Serrano o Francisco Moreno Gómez, entre otros. Faltaba su plena integración en los movimientos de resistencia europeos, aunque a esta tarea ya se han aplicado autores como Mercedes Yusta. Sin embargo, hasta donde alcanza mi información, nunca se había hecho un análisis tan estrecho e integral de la historia de la resistencia franco-española como el que aborda Mario Martín Gijón en este libro.

Con un excelente conocimiento de la publicística, y provisto de numerosos testimonios personales que ilustran las grandes polémicas ideológicas de la época, el autor profundiza en las diferentes crisis que se suceden en 1936, 1939, 1940 y 1944-1945. En el prelude de la guerra civil española, desgrana las ideas convergentes de las derechas francesa y española, que veían los Frentes Populares como antesalas del comunismo. Una vez estallado el conflicto, gran parte de la prensa parisina y provincial se mostró favorable al bando rebelde, al que peregrinaron portavoces tan cualificados de la extrema derecha gala como Charles Maurras, además de medio millar de voluntarios que tuvieron una deslucida actuación en la bandera Jeanne d’Arc de la Legión. El papel vertebral que tuvo la revista *Occident* en el dispositivo de propaganda rebelde en Francia trató de ser contrarrestado por la publicación republicana *La Voz de Madrid* y la plétora de comités de ayuda a la República Española, cuya actividad quedó lastrada por la división entre neutralistas e intervencionistas que atenazaba a la izquierda francesa de la época. A decir verdad, tanto la derecha como la izquierda galas eran conscientes de que la defensa avanzada de “su” propia Francia se estaba efectuando en las trincheras de España. La guerra civil en suelo hispano puso al desnudo las contradicciones entre el antifascismo y el pacifismo de la izquierda y la opción por la violencia y la defensa de la legitimidad política proclamada por las derechas. En todo caso, esta primera contienda abierta contra el fascismo no fue ni una enseñanza ni una admonición para la mayoría de franceses, salvo para los que luego militaron en la Resistencia. Lo que sí despertó el conflicto fue la galofobia latente en el mundo conservador español. Un atavismo que queda perfectamente reflejado en las tremendas declaraciones del, por demás, venal general Alfredo Kindelán cuando a la altura de julio de 1938 amenazó públicamente: “En la primera semana de una guerra con Francia, podríamos reducir a cenizas Burdeos, Marsella, Biarritz y Bayona, y dislocar las redes de ferrocarril francesas. Una guerra con Francia desarrollaría nuestro espíritu guerrero” (p. 76).

La crisis humanitaria que afectó a los departamentos meridionales de Francia a inicios de 1939 es relatada por Martín Gijón con matices que van del dolor por la derrota a la denuncia airada de la mezquindad de unas autoridades que no supieron dar un trato digno al medio millón de refugiados españoles, que para colmo fueron difamados de todas las formas posibles y acusados de perturbar la

paz por la prensa derechista apaciguadora de los fascismos. El sufrimiento en los campos y el acoso político de que fueron objeto —el SERE fue disuelto por el gobierno francés en abril de 1940— cambió la imagen canónica de Francia atesorada por muchos exiliados, que acabaron por comparar sus lugares de detención y confinamiento con los *läger* nazis. Una actitud que cambió rápidamente cuando la declaración de guerra a Alemania les indujo a salvar “nuestra segunda patria”. Esta decidida voluntad intervencionista, que recuerda la de los francófilos de la Gran Guerra, quedó frustrada porque el Gobierno de París no transigió en la formación de unidades de voluntarios españoles, cuando sí la aceptaron de polacos o checoslovacos. Con todo, 7.000 españoles se enrolaron como voluntarios en la Legión Extranjera y 50-60.000 quedaron encuadrados en las Compañías de Trabajadores Extranjeros, siendo capturados cerca de la Línea Maginot y deportados sumariamente a Alemania.

El segundo capítulo aborda las reacciones emocionales de lo que Marc Bloch llamó *étrange défaite*: la debacle de mayo-junio de 1940 (donde la huida de civiles decuplicó la española del año anterior) y la súbita caída de París fueron comparadas ventajosamente por los publicistas republicanos españoles con la tenaz resistencia de tres años de la población madrileña. También se produjo una diáspora por el Pirineo, esta vez en sentido inverso: a la altura de julio de 1943 se habla de 9.000 fugitivos franceses, y más de 10.000 fueron a parar a Miranda de Ebro y otros campos de prisioneros en el transcurso de la guerra.

El derrumbamiento del Estado francés desató un impulso de autoflagelación de la culpabilidad nacional —que Martín Gijón denomina “hipnosis de la punición”— que fue dirigida contra la presunta degeneración del régimen republicano. Como respuesta a estos pretendidos “males de la patria”, la mayoría de franceses habría aceptado pasivamente el camino de la “regeneración” pétainista por vía autoritaria. De este modo se fue extendiendo un conformismo derrotista que recuerda el que mostró la población española de la posguerra civil. Según Jean Guéhenno, “bastaron quince días para hacer un rebaño del pueblo francés”. Pero para los intelectuales de la izquierda la responsabilidad de la derrota habría correspondido a la élite política y militar conservadora, que habría renunciado a identificar la defensa de la nación con la de la democracia, como había sucedido en 1871 o 1914, o en España en 1936. Como dijo el periodista español Manuel Chaves Nogales, Pétain (que en la derrota se dolía de que no hubiesen muerto más españoles en lugar de franceses) creyó que Francia se salvaría sacrificando su democracia, y no pudo o no quiso salvaguardar ni la una ni la otra.

Este capítulo se detiene en resaltar las concomitancias entre pétainismo y franquismo: ambos fueron regímenes nacionalistas reaccionarios (basados en la exaltación de la tierra), personalistas (la idealización del anciano Pétain corrió en paralelo a la exaltación del caudillaje de Franco), de exclusión (eran antiliberales, antimarxistas, antilaicos, xenófobos y misóginos) y antiintelectualistas. En uno de los mejores pasajes del libro, Martín Gijón analiza la querrela sobre los “malos maestros”, que al igual que en el bando franquista fueron objeto de depuraciones masivas, al tiempo que la propaganda más clerical, que en España la emprendió contra la Institución Libre de enseñanza, dirigió sus dardos en Francia contra la École Normale Supérieure, quintaesencia del sistema meritocrático de educación republicana. A pesar de su discurso fundamentalmente reaccionario, el Estado francés también abordó su propio proceso de fascistización, que no llegó tan lejos como el del franquismo.

El tercer capítulo comprende un estudio pormenorizado de la formación de las redes de resistencia de los exiliados, alentada por la ruptura y la marginación social y anímica respecto de la sociedad francesa que facilitó su articulación. Por ejemplo, el servicio sindical de Main-d'Œuvre

Immigrée (MOI) propició un agrupamiento de emigrados por lenguas que luego sería dirigido hacia actitudes de oposición armada por la Organisation Spéciale del PCF. En paralelo a la unificación de la Resistencia francesa se produjo la vertebración de la resistencia de los exiliados españoles, liderada por la Unión Nacional Española (UNE) de Jesús Monzón en paralelo al Front National preconizado por el PCF. Martín Gijón hace un completo relato de la participación española en los grupos de resistencia región por región y departamento por departamento. 14.000 españoles militaron en el maquis en todas las regiones de Francia. 72 combatientes españoles murieron en Vercors, 25 en Glières y 35 en Mont Mouchet, y 19 civiles refugiados engrosaron la lista de víctimas de la masacre nazi de Oradour-sur-Glane. Los combatientes republicanos españoles liberaron gran parte del tercio meridional de Francia, pero también libraron una no menos trascendente batalla propagandística que el autor describe con su profundo conocimiento de la literatura y los escritores del movimiento resistente. La prensa española del exilio, de enorme variedad ideológica, fue la más importante tras la polaca. El entrecruzamiento de las experiencias de intelectuales, combatientes, editores, grupos clandestinos franceses y españoles cobró coherencia y eficacia gracias a la argamasa ideológica que proporcionaba la común militancia antifascista. El ejemplo más señero fue el semanario bilingüe *L'Espagne Républicaine*, donde participaron las grandes firmas de la literatura antifascista francesa. 1944 fue el momento culminante de la prensa clandestina, con frecuentes ediciones en castellano, hasta la prohibición del gobierno gaullista de 13 de febrero de 1945.

El capítulo cuarto relata la efímera fiesta de la liberación, entreverada con la esperanza en un retorno inmediato a España, que seguía siendo la gran herida sin cicatrizar de la conciencia francesa desde 1939. Para Albert Camus, la guerra europea, que había comenzado en España, no podía “acabarse sin España”. Pero la polémica sobre los exiliados se recrudeció cuando la extrema derecha acusó a los republicanos de protagonizar los hechos más notorios y brutales de la depuración. En septiembre de 1944 se produjeron incidentes en la frontera que hubieron de ser cortados por las nuevas autoridades francesas. De Gaulle reconoció a Franco el 16 de octubre, tres días antes de la irrupción de 3.000 guerrilleros comunistas en el Valle de Arán. Fue, sin duda, el momento culminante de la resistencia española, que en adelante declinaría por las divisiones intestinas del exilio, especialmente entre negrinistas y prietistas en el seno del PSOE (que los socialistas franceses trataron de reconciliar en agosto de 1946) o la purga de resistentes impulsada por la cúpula del PCE a imitación de su homólogo francés.

El último capítulo aborda el fin de la esperanza utópica en la revolución, que para los republicanos españoles se cifraba en un retorno al país que quedó frustrado a partir de 1946 por el estallido de la Guerra Fría, el recrudecimiento de las tensiones partidistas y la consolidación de las instituciones republicanas francesas en un gobierno provisional. Como en el caso español, la Resistencia francesa no logró presentar una opción política alternativa al gobierno presidido por De Gaulle. Pero frente a la voluntad unitarista que atesoraba la resistencia gala, la ejecutoria política del exilio español queda malparada en el análisis final de Martín Gijón: el creciente anticomunismo de la mayor parte de las fuerzas republicanas hizo que sus iniciativas políticas carecieran de la coherencia necesaria para tener posibilidades de éxito en los foros internacionales. A ello se añadió la hispanofobia teñida de histeria anticomunista que, al igual que en 1939-1940, manifestaron los gobiernos franceses a partir de 1948. El descrédito de la comunidad de exiliados españoles, que tuvo su momento de no retorno en la Guerra de Corea, culminó en la proscripción de las organizaciones del PCE (como las de todos los partidos comunistas extranjeros) el 2 de septiembre de 1950, la designación de un nuevo embajador

francés en Madrid el 12 de enero de 1951 y la disolución de la Federación de Españoles Inmigrantes en Francia en septiembre de 1952.

El fracaso de las vías insurreccional (maquis) y legitimista (gobierno republicano en el exilio) de la oposición española a la dictadura franquista sirve de colofón a este apasionante ensayo, que hace una reivindicación final de la Resistencia como historia compartida, pero también como una escala de valores inconformistas que se pretenden vigentes en los albores del siglo XXI.